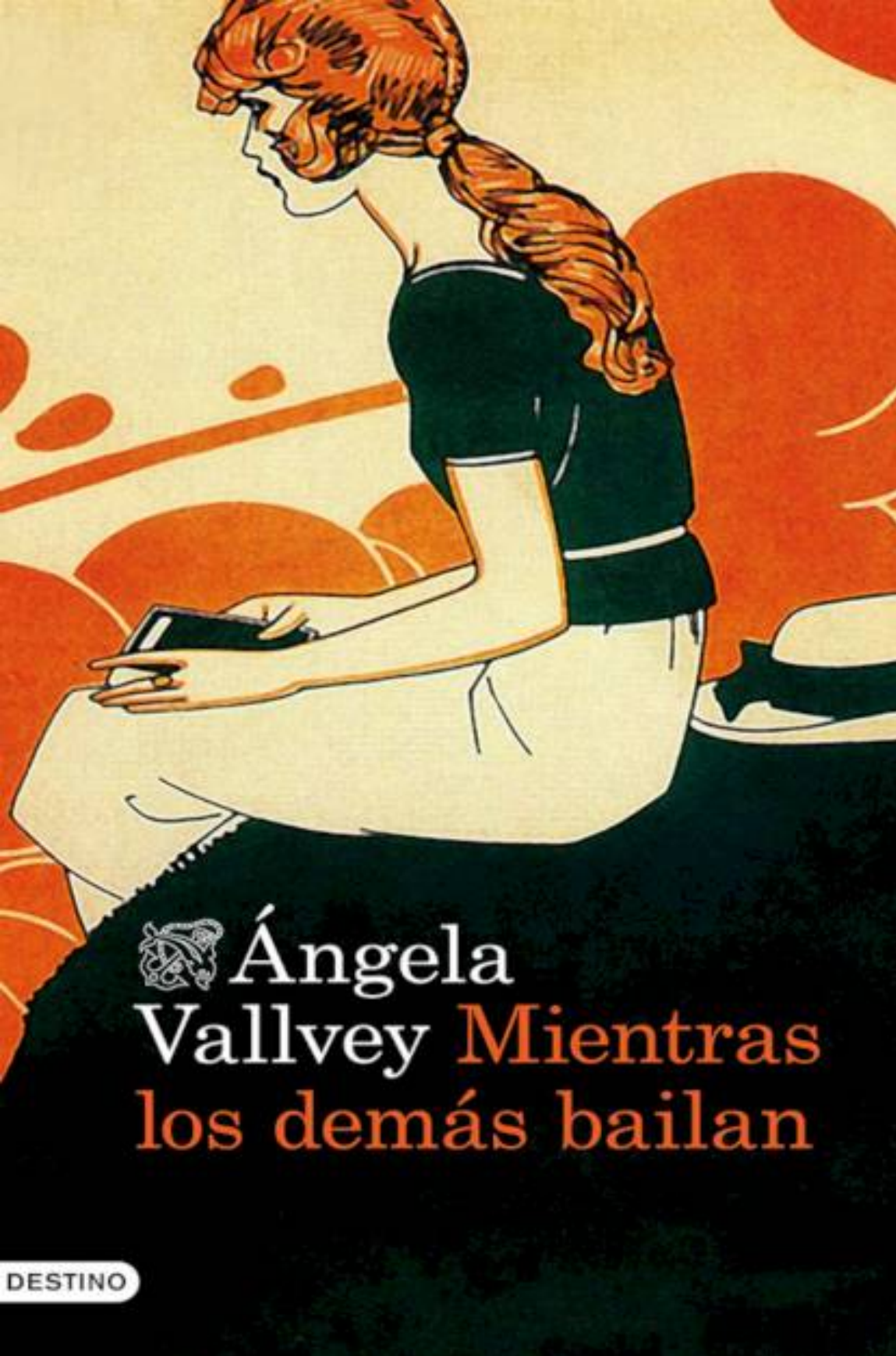

Ángela Vallvey

Mientras los demás bailan

DESTINO

Índice

Portada
Dedicatoria
Primera parte. Lettera amorosa 1945-1946
Madrid, 10 de febrero de 1945
San Sebastián, 17 de mayo de 1945
Madrid, 7 de diciembre de 1945
Madrid, 23 de diciembre de 1945
Madrid, 17 de febrero de 1946
Finca La Garduña, 17 de febrero de 1946
Madrid, 18 de febrero de 1946
Madrid, 21 de marzo de 1946
Finca La Garduña, 14 de abril de 1946
Madrid, 20 de mayo de 1946
Madrid, 21 de mayo de 1946
Finca La Garduña, 24 de mayo de 1946
Madrid, 3 de junio de 1946
Finca La Garduña, 4 de junio de 1946
Segunda parte. Flora melifera (1947-1948)
Finca La Garduña, julio de 1947
Madrid, 1 de agosto de 1947
Sevilla, 12 de octubre de 1947
Sevilla, 17 de octubre de 1947
Finca La Garduña, 20 de octubre de 1947
Finca La Garduña, 1 de noviembre de 1947
Madrid, 7 de noviembre de 1947
Madrid, 11 de noviembre de 1947
Madrid, 15 de noviembre de 1947
Madrid, 28 de noviembre de 1947
Venecia, 15 de diciembre de 1947
Madrid, 17 de diciembre de 1947
Madrid, 22 de diciembre de 1947
Finca La Garduña, 26 de diciembre de 1947
Madrid, 5 de enero de 1948
Madrid, día de Reyes, 6 de enero de 1948
Tercera parte. Tempora et mores 1948-1949
Madrid, 6 de enero de 1948
Madrid, 15 de enero de 1948
Madrid, 27 de febrero de 1948

Madrid, 20 de marzo de 1948
Madrid, 24 de mayo de 1948
Madrid, 31 de mayo de 1948
Madrid, 5 de junio de 1948
Madrid, 7 de junio de 1948
Madrid, 2 de agosto de 1948
Madrid, 2 de septiembre de 1948
Madrid, 10 de abril de 1949
Finca La Garduña, 11 de abril de 1949
Madrid, 13 de abril de 1949
Madrid, 20 de mayo de 1949
Madrid, 24 de mayo de 1949
Finca La Garduña, 1 de julio de 1949
Madrid, 6 de septiembre de 1949
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

A la memoria de mi padre, mi apicultor favorito.
Y para mi madre, que bordó un
precioso ajuar que he estrenado yo.

PRIMERA PARTE

Lettera amorosa

1945-1946

—Hoy leerá mi carta. ¡Qué alegría!,
¿qué le dicen mis letras?... que le quiero;
que sea tan valiente como ha sido;
que la tierra revive y el tempero
ha dejado mi huerto florecido.

J. San Nicolás Francia

Madrid,
10 de febrero de 1945

Lo único que le quedaba de Jaime a Melchora Mínguez era un informe escrito a máquina que la joven había leído mil veces después de mostrárselo a sus nuevos amos. Lo normal sería que, cuando dejase de trabajar como doncella para los señores De la Vera, ellos mismos le escribieran otro certificado que podría presentar en caso de tener que solicitar empleo en otra familia.

La muchacha lo sostuvo un momento entre las manos, observándolo con la mirada perdida e incrédula, como se examinan las pruebas de un crimen.

Era el clásico informe que incluía el nombre de la joven, de cuyos servicios Jaime había prescindido, la duración en el puesto, la clase de trabajo que efectuaba y unas pocas palabras acerca de su honradez, discreción y competencia. Estaba impreso en papel timbrado de la oficina de Jaime. Melchora lo leyó por enésima vez, con dificultad, aunque esta no fue la única ocasión en que sus ojos se nublaron al hacerlo:

> Certifico que Melchora Mínguez ha estado a mi servicio durante dos años como doncella. Es honrada, escrupulosa y fiel en el cumplimiento de su deber; trabajadora y dócil. Deja mi casa por motivos familiares, muy a pesar mío. Estoy dispuesto a dar cuantos informes se me soliciten de ella.
>
> Firmado:

Jaime Quijano y Aranguren Palavicino-Haartmund, marqués de Astudillo

Melchora era de carácter animoso, pero después de lo que había sucedido con Jaime, y desde que abandonó el palacete en el cual había trabajado durante los dos últimos años, llevaba varios meses sin sentirse bien. Naturalmente, lo de que había dejado el trabajo «por motivos familiares» era una mentira tan grande como el palacio del engreído e impasible, aunque adorado, señor Jaime Quijano. Melchora no se había ido: el propio Jaime la había echado a la calle. Sin embargo, reconocía que la nota, gracias a la cual no tardó en encontrar un nuevo empleo, era correcta e incluso estaba presidida por cierta dosis de bondad, seguramente debido a los remordimientos de su antiguo señor y a que este era más que consciente de la importancia que una recomendación tenía para alguien como Melchora: una pobre chica de veinte años que llevaba algo más de dos en Madrid, a donde había llegado procedente de su noble y viejo pueblo de Extremadura buscando un trabajo que le impidiera pasar hambre. La fría noche de invierno marchitaba sus últimas luces por las calles de Madrid, y Melchora, una vez finalizada la jornada y recluida en su cuarto hasta que amaneciese, se frotó los pies con loción Pedicalor y esperó a que la fórmula hiciese el efecto que prometía. Las plantas subieron de temperatura, en unos momentos confortadas por una especie de fiebre transitoria, pero no tardó en volver a sentirlas congeladas. Y eso que el piso de los señores De la Vera en realidad era una casa bastante confortable. Melchora le temía mucho al frío; en su pueblo no se daban las temperaturas de Madrid y, por lo tanto, no estaba acostumbrada. Se recogió el pelo oscuro y rizado en una trenza y se dijo que un día tenía que plantearse seriamente cortárselo por encima de los hombros y peinarse a la moda, como hacían las mujeres madrileñas.

Se sentó en el borde de su cama y apoyó sobre las rodillas un cuaderno de colegio que pertenecía al niño mayor de los dueños de la casa. Agarró el lápiz con la mano izquierda y en una de las hojas de papel le escribió una carta a Jaime. Otra más entre las muchas que le había enviado desde que él la echó de la casa, ninguna de las cuales había obtenido respuesta hasta la fecha.

San Sebastián,
17 de mayo de 1945

El día estaba turbio; una bruma sucia como un cristal viejo empañaba el aire. El horizonte se veía borroso, como si alguien estuviese apagando una cerilla gigantesca en la lejanía. Soplaba una brisa fresca que, en ocasiones, daba la sensación de anticipar lo que sería un verano imperativo y, al instante siguiente, calaba hasta los huesos con un frío endiablado y húmedo. En esos momentos, unos alfileres de hielo que parecían provenir del Polo se clavaban en los rostros atónitos de los paseantes del Paseo de la Concha.

Lo que menos podía esperarse la gente que miraba, gritaba y señalaba al cielo con grandes aspavientos era aquello. Una avioneta se acercaba cada vez más, y no parecía tener intenciones de parar. Algunos de los paseantes salieron corriendo, asustados. Otros se quedaron paralizados por la sorpresa, como dándolo todo por perdido, pero sin querer renunciar al espectáculo.

Al final, el aparato no alcanzó la playa, efectuó un aterrizaje forzoso en el agua y permaneció flotando tal que un juguete gigante a menos de doscientos metros del lugar donde algún paseante acompañado de su perro miraba estupefacto. El fuselaje se partió por la mitad en el momento del impacto; daba la impresión de que los daños en el aeroplano serían cuantiosos viéndolo allí, cubierto de agua hasta aproximadamente la mitad de la portezuela. Pronto se concentró frente a la playa una pequeña multitud de señoras, maridos preocupados, niños y perros, ninguno de los

cuales quería perderse ni un detalle, y hubo codazos y empujones para conseguir situarse en primera fila. Los curiosos empezaron a congregarse a la vez que atisbaban en busca de algún superviviente, pero no se percibía ningún movimiento que permitiera deducir si los ocupantes estaban todavía vivos. En realidad, en la aeronave solo viajaba el piloto, que fue rescatado en compañía de un maletín negro de piel, de aspecto caro y manufactura extranjera, cuyo propietario se negó a soltarlo ni por un momento: lo mantenía atado a su mano mediante unas esposas de aspecto contundente.

Varios críos en bicicleta se increpaban entre sí, haciendo apuestas respecto al acontecimiento.

—Es muy pequeño para ser un avión. ¡Míralo, es una avioneta! —decidió uno de los muchachos con determinación.

—No es una avioneta, tonto, ¡es un bombardero! —dijo un crío con cara de pilluelo bromista.

El niño llevaba, sin saberlo, razón. Se trataba de un bombardero alemán Heinkel He-111. Llegaba volando desde Noruega, que los aliados acababan de liberar de los nazis. Finalizaba la segunda guerra mundial en Europa.

Aquellos dos niños, aunque veían perfectamente desde su lugar en la playa el símbolo nazi dibujado en el alerón del artilugio volador, no tenían ni la menor idea de qué significaba.

El avión se había quedado sin combustible y hubo de realizar un aterrizaje de emergencia en la playa de La Concha. Los viandantes agradecieron la emocionante distracción, y no porque San Sebastián fuera una ciudad aburrida ni mucho menos. Muchos donostiarras permanecieron observando con interés toda la tarde, hasta que fueron desalojados de la playa por las autoridades con la excusa de que era peligroso estar tan cerca.

Unos marinos españoles, subidos a la parte superior del artefacto, inspeccionaron el desastre con cuidado y dedicaron toda la noche y parte del día siguiente a remolcar los restos del aparato. Pocos de los fisgones espectadores pudieron ver cómo sacaban de allí a un hombre aturdido, aferrado a una pequeña maleta, y lo metían discretamente en una barca de remos.

Acababa de tener lugar en San Sebastián el Campeonato de España de Segunda Categoría de Hockey que había enfrentado al Tarrasa y al Barcelona, el once de Educación y Descanso, y muchos aficionados que provenían de distintos puntos de la geografía habían aprovechado para quedarse unos días y disfrutar de la playa, aunque fuera de lejos. La prensa dio cumplida cuenta de la noticia deportiva. También del ambiente que vivía la Bolsa española ante el cese de las hostilidades en Europa: había recibido el fin de la guerra con absoluta tranquilidad y bastante ánimo; se experimentó una gran actividad cambista y una agradable intensificación del negocio, desvaneciendo así los malos pronósticos y los temores que algunos venían haciendo públicos desde un tiempo atrás, y que aseguraban que la Bolsa se mostraría nerviosa ante la paz. Todo lo contrario: parecía que la paz le gustaba más que otra cosa. Los mercados bursátiles daban prueba de «una admirable serenidad y sensatez», si había que creer lo que decían las secciones de Economía y Finanzas de los periódicos. El nuevo mundo de la paz que comenzaba en Europa estaba lleno de incógnitas, pero también de tentadoras posibilidades para todos, incluidos los españoles.

Madrid,
7 de diciembre de 1945

La novia vestía de un blanco resplandeciente, parecía brillar entre los tonos pálidos que adornaban el templo parroquial de San Jerónimo el Real. Pese a que la tradición mandaba que las flores de boda debían ser blancas, Eugenia Valterra y Ochotorena había hecho gala de su proverbial atrevimiento y encargó para su gran día una gran cantidad de ponsetias rojas, alegres y navideñas, que acicalaban el ambiente con sus pétalos abiertos, dispuestas en ramos de buen tamaño o mezcladas con el verde del laurel y del ciprés, por todos los rincones del oratorio. Una serie de guirnaldas interminable unía los bancos de madera gastada y recién pulida, y el sagrario se había rodeado de capullos de rosa blanca que apenas habían comenzado a marchitarse. El templo estaba ataviado con tapicerías rojas, y el efecto, de un teatral recogimiento, producía una sensación vibrante e intensa.

Isabel Quijano miró a su alrededor para empaparse de cada detalle de la ceremonia y, sin poder evitarlo, sintió una punzada de envidia. No es que no se alegrara por Eugenia, la hija menor de los marqueses de Rivera y amiga suya desde la infancia. Sencillamente, sospechaba que ella no tendría nada parecido en su vida, y no era capaz de ocultarse a sí misma la pena que le provocaba esa certeza.

De forma instintiva, se echó mano al vientre y lo acarició con disimulo, tapándose con el bolsito de mano. Aunque solo había tenido dos faltas, ya podía sentir al bebé

moviéndose dentro de ella. Rogó porque nadie se diera cuenta de cómo su cintura había empezado a ensancharse bajo el vestido de seda rosa de Balmain.

La novia estaba guapísima con un modelo de raso bordado en pedrería. Llevaba en la cabeza una ancha cinta con su pulsera de brillantes de pedida colocada de manera que formaba una coronita en la que se había prendido el velo de tul. La seguía el novio, Fernando Araoz, del brazo de su madre y madrina, una señora un poco sorda, pero de una singular elegancia, que vestía de azul oscuro y lucía un pequeño tocado y un gran velo sobre el rostro.

Isabel sabía que Eugenia amaba a Fernando, el hombre que estaba a punto de convertirse en su marido, y eso le causó otro ramalazo de envidia que sintió como un malestar casi físico. ¡Qué afortunada era su amiga y qué desgraciada ella!

Al mismo tiempo, al ver a Fernando sintió un pinchazo de miedo y de ansiedad. De repente, el día se le antojó una cuesta empinada que no tenía fuerzas para subir. Se dio cuenta de que él la miraba de reojo, solo un segundo, y luego apartaba la mirada como si la visión de Isabel lo hubiese quemado.

Fernando, el mismo joven apuesto y sonriente que estaba a punto de casarse con su mejor amiga, era el padre del hijo que esperaba Isabel. Ninguno de los dos habría querido tener ese niño que estaba en camino. Y lo que era peor: ninguno de los dos amaba al otro. Sencillamente, ocurrió lo que no debía haber pasado y ahora Isabel pagaba las consecuencias. Él no tenía ni idea de que ella estaba embarazada y no debía llegar a saberlo jamás, pensó Isabel. Mirar a Fernando, pronunciar mentalmente su nombre la volvía loca de rabia; una pena silenciosa y atormentada le recorría las venas cuando lo hacía. Ni siquiera sabía cómo era capaz de estar allí y de mantenerse en pie como si no pasara nada.

No, después de todo la vida no era el cuento de hadas que le habían prometido desde niña. La vida tenía tropezones en el camino como Fernando. Hombres que parecían la maleza en un jardín. En el edén de su vida, Fernando se había alzado igual que una breña áspera y enmarañada. Verlo allí, tan campante, como si no pasara nada, le aceleró el pulso y estuvo a punto de hacerla vomitar.

Se contuvo a duras penas, tragándose la náusea. Se dijo que nunca en su vida odiaría a nadie tanto como a aquel joven que la había dejado embarazada cuando ella ni siquiera era consciente de cómo se relacionaban íntimamente un hombre y una mujer, en un momento de su vida en el que la candidez, más que la inocencia, la dejó indefensa ante su rudeza y su intemperancia de bestia, tan bien disimulada tras aquella facha de niño bueno.

Ofició la ceremonia el canónigo de la catedral y capellán del colegio Jesús y María, donde la desposada y la propia Isabel se habían educado durante años. El oficiante leyó incluso una bendición de Su Santidad y dedicó unas emocionantes palabras a los novios.

Isabel cerró los ojos y trató de poner la mente en blanco, dejándose tan solo acariciar por el sonido de la Salve de Goicoechea que invadía el aire, interpretada por los Cantores de Madrid dirigidos por el maestro Bitrasco. Sonrió tímidamente a la abuela de la novia, viuda de Ochotorena, cuando creyó percibir un atisbo de curiosidad en los ojos bondadosos y rodeados de arrugas de la anciana, tan perspicaces y atentos como los de una joven pitonisa.

Unos motetes polifónicos del siglo XVI, de Tomás Luis de Vitoria, la envolvieron en una dulce ensoñación mientras contemplaba la larga hilera de monaguillos vestidos de rojo que formaban el cortejo nupcial encabezado por los novios, muy bien acompañados por los testigos y algunas personas de ambas familias.